

entre todas las naciones del mundo somos los españoles los más mal quistos de todos, y con grandísima razón, por la soberbia, que en dos días que sirbimos queremos luego ser amos, y si nos conbidan una vez a comer, alzámosnos con la posada: tenemos fieros muchos, manos no tanto; veréis en el campo del rey y en Ytalia unos ropavejeruelos y oficiales mecánicos que se huyen por ladrones, o por deudas, con unas calzas de terciopelo y un jubón de raso, renegando y descreyendo a cada palabra, jurando de contino puesta la mano sobre el lado del corazón, a fe de caballero; luego buscan diferencias de nombres: el uno, Basco de las Pallas, el otro, Ruidíaz de las Mendoças; el otro, que echando en el mesón de su padre a los machos de los mulateros deprendió, bai y galagarre y goña, luego se pone Machín Artiaga de Mendaroqueta y dize que por la parte de oriente es pariente del rey de Francia Luis, y por la de poniente del conde Fernán González y Acota, con otro su primo Ochoa de Galarreta, y otros nombres así propios para los libros de Amadís. (pp. 140-141)

Agudamente el autor ha registrado una ya excesiva inclinación general de la sociedad española hacia la estimación social de la honra, que la lleva a preferir la inactividad del hidalgo sobre la productividad del mercader; un rasgo en fin que en el siglo siguiente será de obligada discusión en el pensamiento y la literatura del Barroco, y aún en nuestros días forma parte esencial en las polémicas sobre el sentido histórico, el ser, el vivir o el desvivirse de los españoles.

Etica y religiosidad

El cuadro general que muestra el autor del *Viaje* es en verdad poco favorable al comportamiento religioso de los cristianos. No se trata ya sólo de los cautivos. Estos, al fin y al cabo han de sufrir las durísimas condiciones de vida que impone la esclavitud, y ello podría atenuar pecados tales como sus continuas blasfemias —aún así, nada justifica esa crueldad que acostumbran con sus compañeros. El problema es más grave; ocurre que dondequiera que Urdemalas tiene trato con cristianos, ratifica su firme convicción de que «désos se tiene el miedo, que del turco ninguno» (p. 269), opinión que viene avalada, sin excepción, por los avatares de su largo peregrinar: «Yo ningún miedo jamás tube de los turcos; pero de los christianos, grandísimo» (p. 269). Con tristeza advierte que los cristianos «por tales se tienen» (p. 140), pero su comportamiento moral es con harta frecuencia lo contrario de lo que su religión dicta: traicionan, engañan, mienten y roban. Y ¿de quién es la culpa? Muy al modo erasmiano, el autor del *Viaje* señala inequívocamente con el dedo a los dirigentes eclesiásticos. Con semejante ejemplo, poco puede esperarse de los fieles. Mata cuenta el caso de un fraile que revuelve toda la Corte para alcanzar un beneficio, pero su conclusión es en plural, implicando así que ésta es una actitud generalizada: «creo que lo hazen por estas mitras, que son muy sabroso manjar, y para faborescer a quien quisieren» (p. 166). El debe saberlo bien, siendo como es uno de ellos, que en compañía de Votoadiós se dedica al lucrativo «negocio de los hospitales». En una sociedad materialista el clero debería ser la conciencia del deber ético que frenara el egoísmo de las gentes, pero la norma es contrariamente dejarse llevar por el hilo de su interés, como sin ambages denuncia Urdemalas: «También los confesores servís alguna vez de pelillo y andáis a sabor de paladar con ellos [los ricos] por no los desabrir» (p. 165). A lo largo de todos sus viajes solamente en una ocasión se encuentra Urdemalas con frailes que viven con la pobreza y devoción que predicán, que no piden limosna ni importunan a sus feligreses; y ¿dónde se halla una joya tan

rara? En el Monte Athos de Grecia. Unos monjes de la Iglesia ortodoxa griega son ejemplos de vida para los católicos de España, como al fin reconoce Mata: «Si en nuestras fronteras de moros hubiese monesterios desá manera, no se deserbiría Dios ni el Rey, porque a Dios le defenderían su fe y le servirían, y al Rey su reino» (p. 289). Y del mismo modo que el autor del *Viaje* acusa al monarca y la Corte como responsables últimos de la situación política y social de España, el Papa y el Vaticano figuran en ella con una visión parecida a la de Alfonso de Valdés. Más que capital de la fe es capital de la prostitución. El Papa, dice Urdemalas, mandó hacer un día censo de las cortesanas de Roma «porque tiene de cada una un tanto, y hallóse que había treze mill, y no me lo creáis a mí, sino preguntadlo a quantos han estado en Roma» (p. 344). Quien acude a Roma busca beneficios y ventajas financieras. El Papa mientras tanto mueve los hombros, y entre la resignación y la indiferencia dice: «sí sic est fiat» (p. 344). En fin, concluye Urdemalas, «yo pensaba que la galera era el infierno abreviado; pero mucho más semejante me paresció Roma» (p. 344).

En contraste con esa atmósfera sombría brilla el cielo azul de Turquía. Nuestro autor insiste en resaltar la práctica de dos virtudes entre los turcos: la devoción y la caridad. Serán todo lo infieles que queramos —dice Urdemalas—, pero es un hecho evidente que los turcos, del sultán al más humilde de ellos, viven con una religiosidad admirable. Cinco veces rezan cada día, sin excepción de tiempo ni lugar: «Mirad qué higa tan grande para nosotros, que no somos christianos sino en el nombre» (p. 471). Y no sólo de cantidad se trata; son cinco oraciones hechas «con la mayor devoción y curiosidad; que si ansí lo hiziésemos nosotros, nos querría mucho Dios» (p. 389). Mata se extraña de oír que al término de cada comida los turcos hacen una oración de gracias «como nosotros». Urdemalas le contradice al punto: «Bien que como nosotros. ¿Quando las damos nosotros ni nos acordamos de Dios una vez en el año?» (p. 471). Conocemos después el texto de esa oración, que Mata no puede sino aprobar entusiasmado: «Muy buena oración en verdad, y que todos nosotros la teníamos de usar, y nos habían de forçar a ello por justicia o por excomunió» (p. 471). Es el colmo. Los bárbaros e infieles, «monstruo y vituperio de la naturaleza humana,» deben enseñar ¡a rezar! a los cristianos, fieles de la religión verdadera. Pocas veces ha llegado tan lejos el espíritu crítico del humanismo renacentista.

La caridad es quizá el rasgo más alabado de los turcos. Las abundantes referencias a lo habitual de su práctica se remontan al siglo XV con Bertrandon de la Broquière.⁵¹ Urdemalas explica que la caridad del turco es expresión consecuente de su religiosidad, ya que en el Corán se le otorga un valor especial (p. 932). Cuando en el *Viaje* se refiere un caso particular de acción caritativa, éste se entiende como muestra de una actividad tan generalizada que es típica de los turcos. Así al narrar Urdemalas haber recibido del pachá una ropa de brocado, comenta: «porque veáis la magnificençia de los turcos en el dar» (p. 233). La comparación con los cristianos tiene nuevamente fácil ganador. Si se trata del trato a los cautivos, «antes son de mayor caridad en eso que nuestros generales christianos para con ellos» (p. 163); y en otra ocasión: «pluguiese a Dios que acá se hiziese la mitad del bien que allá» (p. 203). Es ésta una virtud que caracteriza a toda

⁵¹ *Ibid.*, pp. 345-50.

la población: «Otras muchas limosnas hazen harto más que nosotros» (p. 406). Las referencias de Urdemalas al respecto abundan tanto que Mata, rendido otra vez a la evidencia, suspira al modo que nos tiene acostumbrados: «¡Oh, vendito sea Dios, que sean los infieles en su secta sanctos y justicieros y nosotros no, sino que nos contentemos con sólo el nombre!» (p. 414). La diferencia de ambiente ético entre las dos sociedades queda subrayada por la trama novelesca del *Viaje*. Urdemalas era antes de su cautiverio un pícaro como sus dos amigos Mata y Votoadiós. El reencuentro de los tres deja ver un cambio notable en la conciencia moral de nuestro héroe, ahora tan sólida como inexistente antes. No podemos dejar de advertir la ironía de este cambio, que no se ha producido en España ni menos aún tras una visita al infierno abreviado de Roma, sino por una larga convivencia con el piadoso y caritativo pueblo turco.⁵²

La visión positiva del comportamiento cívico y moral de los turcos conduce a un teórico callejón sin salida. Hémos aquí ante un pueblo que profesa la religión islámica —es decir la religión falsa— y sin embargo resulta ser más piadoso y caritativo que los cristianos. El autor es consciente de esta paradoja, que Urdemalas expresa en términos inequívocos:

En lo que he andado, que es bien la tercera parte del mundo, no he visto gente más virtuosa y pienso que tampoco la hay en Indias, ni en lo que he andado, dexado aparte el creer in Mahoma, que ya sé que se ban todos al infierno, pero hablo de la ley de natura (p. 457).

Esta es una cita clave de nuestra obra, que plantea no pocos interrogantes. Si el Islam demuestra ser más efectivo que el cristianismo, ¿deducirá nuestro autor de ello que la religión de Mahoma es superior? ¿O bien optará por un escepticismo que se resista a otorgar la condición de «verdadera» a una religión en exclusiva? ¿O quizá se mostrará partidario de un universalismo religioso capaz de englobar a todas las creencias? Debemos en fin responder estas preguntas para establecer la posición religiosa del autor del *Viaje*, y sus propuestas concretas con referencias a las circunstancias político-sociales de la época.

No puede ponerse en duda la ortodoxia cristiana esencial del autor del *Viaje*. Este no duda ni un momento en defender que la religión de Mahoma es falsa. Urdemalas explica a sus amigos la génesis y el desarrollo del islamismo: «Para atraer Mahoma a su vana secta a los simples que le siguieron ordenó su Alcorán tomando de la ley de Moysén y de la nuestra sancta» (p. 386). Los calificativos están muy claros; así el parecido de ambas religiones se explica porque el Corán «contiene muchas cosas de nuestra fe, para mejor poder engañar» (p. 391). Esta explicación coincide con la de Belon, para quien Mahoma fue un astuto embajador que sedujo hábilmente al pueblo ignorante para atraerlo a su ley.⁵³ Urdemalas expulsa con cierto detalle las creencias religiosas del islamismo: ni una palabra de admiración. Todo su entusiasmo por Turquía en llegando a esta cuestión se vuelve crítica y menosprecio. Turcos y judíos quedan hermanados por creer ambos en religiones falsas: los judíos, dice Urdemalas, «son todos una jente quasi tan sin razón como los turcos» (p. 285). Ambos han asumido asimismo sus respectivas

⁵² *La idea me fue sugerida por el profesor Stanislav Zimic.*

⁵³ «*De quelle astuce usa Mahomet au commencement en seduisant le peuple ignorant pour l'attirer à sa loy: et de ceux qui lui aiderent*» (Observations, p. 381).